

las Iglesias solitarias ó profanadas, en los conventos abandonados, reina el silencio de los sepulcros, y cuando la curiosidad os hace penetrar en los claústros silenciosos, os parece mirar asomar de repente la sombra de algún monge que os pregunta: ¿Qué has hecho de mis hermanos? ¡Ruinas por todas partes, no más que ruinas! Y en cambio, ¿qué es lo que ha edificado el jacobinismo asolador?

Hoy, señores, se invoca un pretexto político para continuar la guerra contra la Iglesia; pero no importa: como la literatura y las bellas artes, como la ciencia y la filosofía, la política tendrá también que hacerse cristiana, y ella depositará á los pies de Pedro el homenaje de su fe ó la confesión de su derrota.

¡Sí, todo pasará! De las ideas modernas, de las leyes modernas, no quedará más que una sombra vana en las páginas inmortales de la historia, y ¡Pedro vivirá!

Perseveremos, pues; agrupémonos en derredor de este Prelado virtuoso que se halla colocado al frente de la Iglesia de Yucatán; opongamos á los mares desencadenados de la impiédad, el fuerte muro de nuestra fe y, no lo dudéis, el iris de paz lucirá esplendoroso en los cielos de la Iglesia y de la Patria.

He dicho.



DISCURSO

Acercas de la educación cristiana de la mujer.

Ilmo. Señor:

Señoras y Señores:

Designado por la R. Directora de este importante Colegio, para gozar de la honra inestimable de dirigiros la palabra en este momento solemne, quiero cumplir la misión que se me confía, de la manera que sea menos desagradable para la selecta reunión que me escucha; y sólo puedo conseguirlo tratando de una materia que sea interesante para todos los oyentes, ya que mi falta de luces y de elocuencia me pone en la condición de no poderos deleitar

Ponce y Font.—40

Con las preciosas flores de la ciencia y las brillantes galas de la oratoria. Tal materia, es la educación cristiana de la mujer, materia vasta, ciertamente, prolija y de suma importancia que si, por lo mismo, no puede ser tratada de una manera completa en los estrechos límites de una sencilla alocución, ésta misma circunstancia, al par que me servirá de excusa, será motivo para que no abuse de vuestra bondadosa atención.

A ninguno puede ocultarse la importancia trascendental de la educación de la mujer; pero no todos quieren confesar que es todavía mucho más importante, mucho más trascendental para la felicidad de la familia, para los intereses legítimos de la humanidad, y para la paz del mundo, la educación cristiana de la mujer, es decir, la educación inspirada en las ideas, únicas verdaderas, de la moral cristiana. En efecto, si, como es verdad la educación propiamente dicha, es decir, una educación completa, abraza no solamente la ilustración del entendimiento, sino el cultivo del corazón; si educar no sólo es desarrollar las fuerzas físicas é intelectuales del niño ó del joven, sino también sus facultades morales, ya se comprenderá cuán importante es la educación cristiana y cuánto más debe preferirse á cierta educación moderna, que sólo se ocupa en la parte física y en la in-

telectual, descuidando casi por completo la parte moral de los alumnos. Estos pseudo-profesores modernos olvidan que si, el entendimiento del niño es como arca de oro preciosísima, pero vacía, que espera ser colmada con las verdades de la ciencia, así también su corazón es á manera de extenso jardín todavía ávido de inteligente cultivo que, si se le abandona á sus propias fuerzas, producirá, en vez de pintadas flores, muchas yerbas nocivas y muchas plantas venenosas. Pero se dirá: ¿por qué para ser moral la educación ha de ser precisamente cristiana ó religiosa? ¿No tenemos, acaso, la moral universal, es decir, esa moral que, escrita en los corazones de todos los hombres por la mano misma de Dios, es por todos conocida, admitida y acatada? Señores, esto de la moral universal, me hace la misma impresión que otras universalidades, como por ejemplo, la del sufragio universal, que á tanto extenderlo, dividirlo y subdividirlo, se ha transformado en sombra impalpable, cuya existencia sólo comprendemos al recordar que es la ausencia de la luz. ¿Qué es la moral? Si la moral es invención del hombre, es mudable, contingente, y no puede ser, en consecuencia, regla estable é infalible de conducta; pero si la moral es regla divina á que hemos de sujetar nuestros actos, ¿cómo al enseñarla y aplicarla po-

demos prescindir de toda noción de Dios? ¿cómo desligar dos cosas tan íntimamente unidas que, de negar una, tenemos necesariamente que negar la otra? No hay tiempo, Señores, para repetir aquí todos los argumentos que, cual arietes formidables, han sido lanzados por los apologistas del cristianismo contra el error de que trato que, cual débil muro, no ha podido resistir á su embate y se ha derrumbado convertido en liviano polvo; pero si me permitís abrir, por un momento, el libro de la historia, y escuchar el rumor de las generaciones que, cual imponente cascada, ha caído al fondo del abismo de los siglos. ¿Qué fué de la moral universal entre los pueblos idólatras de los primeros tiempos? ¿qué fué de la moral universal entre los pueblos paganos posteriores, aun los más avanzados en los floridos senderos de las ciencias humanas, como la Grecia, esa poética y cultísima nación que logró alcanzar, cual otra ninguna, el mayor grado de esplendor en las ciencias y en las artes? ¿qué fué de la moral universal en la antigua Roma, señora y dominadora del mundo entonces conocido? ¿qué fué, en fin, de la moral universal en estas tierras vírgenes de América que los conquistadores hallaron empapadas en la sangre inocente de las víctimas humanas, sacrificadas en los altares de los ídolos? Vosotros lo sabéis mejor que yo: abandonada la conciencia del

hombre á los débiles dictados de una moral natural, de una moral sin sanción de ninguna clase, bien pronto se sobrepusieron á sus dictados las voces destempladas de las pasiones más salvajes y de los crímenes más abominables. Me concretaré á la sociedad romana, porque bien sabéis que en ella se refundieron todas ó casi todas las demás de ese tiempo; y así como en el inmenso recinto del Imperio se albergaron los hombres de todos los países, así también observamos en sus costumbres los vicios todos del antiguo paganismo, pudiendo, por lo tanto, servirnos de tipo de todos los pueblos que se vieron abandonados á la sola influencia de la moral universal.

La sociedad romana estaba dividida en clases profundamente separadas entre sí por abismos insondables: el patriciado, la plebe, los esclavos; y tras este modo de ser, venia el poder omnímodo de los padres sobre los hijos, la degradación de la mujer, la concupiscencia transformada en dios ó diosa en las personas imaginarias de Venus, Adonis y Cibele, Priapo y Flora; el robo, el asesinato, la embriaguez, la perfidia y todos los vicios y todos los delitos, personificados y deificados en los dioses del Olimpo, que venia á ser así un cielo pagano más repugnante y nauseabundo que nuestras cárceles modernas.

¿Qué fué de la moral universal? ¿dónde estaba que no tenía la fuerza necesaria para cegar la fuente maldita de la esclavitud, para contener á la autoridad paterna dentro de sus justos límites, para salvar á la mujer, y para purificar, en fin, las costumbres públicas y privadas que hubieron de llegar á un grado espantoso de corrupción? No, la moral universal, por sí sola, no basta para guiar á la humanidad por el recto sendero del bien: desde que el hombre pierde la verdadera noción de Dios; desde que no le queda para guiarse en el piélago de la vida más que la luz indecisa de la razón, tiene que extraviarse y zozobrar como nave combatida por todos los vientos. Para que las sanas nociones de la moral no se borren de la inteligencia de los hombres, es necesario que su pureza sea preservada de toda mancha por una autoridad suprema que, emané del mismo Dios: hé aquí la obra de la Iglesia instituida por Jesucristo.

Hé aquí por qué la moral cristiana es la única verdadera, pues, al par que tiene su raíz y origen del mismo Dios, que es la fuente de todo sér, de toda verdad y de todo bien, es conservada y preservada de toda corrupción por la autoridad de ese mismo Dios, representada por su Iglesia. Jamás puede, por consiguiente, influir en la bondad ó la maldad de las acciones ni

el interés privado, ni la utilidad pública, ni los extravíos de la razón. La moral cristiana es, pues, la única moral verdadera y perfecta, y ella es la sola que puede salvar á la mujer de esas caídas espantosas á que la hace muy expuesta su débil naturaleza y sus pasiones más vehementes que las del hombre.

Ahora, ¿por qué es conveniente educar á la mujer, y sobre todo, educarla cristianamente? ¿Pero quién ignora la influencia decisiva que la mujer ha ejercido siempre en los destinos de la humanidad? La mujer ha sido y será siempre una influencia maléfica ó bienhechora en el otro sexo, pues ella ejerce, sobre el hombre un poder inmenso, incontrastable por medio de las fuerzas más subyugadoras: la gracia y la hermosura. Salomón lo dice en sus proverbios: "Son muchos los que la mujer ha herido y derribado; y han muerto á sus manos los varones más fuertes. Su casa es el camino del infierno, camino que remata en la muerte más funesta." Y en otra parte: "¿Quién hallará una mujer fuerte? De mayor estima es, que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo."

No puede la mujer perfeccionarse ó corromperse dice un sabio autor, sin perfeccionar ó corromper á los que la rodean.

Podríamos, en comprobación de esta ver-

dad, abrir de nuevo el libro de la historia y señalar la influencia, generalmente perniciososa, que la mujer ejerció en las sociedades anteriores al cristianismo; mostráramos que los actos de verdadera virtud de la mujer pagana, fueron la excepción de la regla, mientras que en las sociedades cristianas forman, por el contrario, la regla general; pero para esto, sería necesario abusar de vuestra paciencia.

Hesiodo llamaba á la mujer hermoso mal, mientras que nosotros obramos en justicia al llamarla nuestro hermoso bien. Y no podía ser de otra manera: transformada la mujer en cosa, en un mueble de lujo, como otro cualquiera; sometida al poder incondicional y despótico del padre y del marido en las sociedades antiguas, estaba dominada por el hombre, cuando se trataba del bien, pero cuando se trataba del mal, convertíase entonces en dominadora, y se vengaba convirtiéndose para él en fruto emponzoñado. Vino, empero, Jesucristo, y tomando de la mano á la mujer, levántola del estado de degradación en que se hallaba, y le dijo: levántate á la altura del hombre, tu compañero, y cumple los magníficos destinos para que fuiste creada. Y desde entonces comienza á desfilar ante nuestra vista ese ejército innumerable de matronas augustas, luces del hogar, gloria de las naciones, honra y prez

de la humana raza, algunas de las cuales habéis oído nombrar por la inteligente directora de este Colegio. Si la influencia, pues, de la mujer es tan decisiva para la felicidad ó la desgracia del género humano; si ella influye en nuestros consejos; si es el móvil que nos impulsa y nos alienta en la suprema batalla de la vida; si es la madre de nuestros hijos; si es nuestra esposa, si es, en fin, nuestra eterna y obligada compañera, preciso es hacerla instruída y buena, sobre todo, buena, y esto sólo se consigne por medio de una sólida y cristiana educación. Ilustremos, pues, y eduquemos á la mujer; pero ilustrémosla y eduquémosla cristianamente para que, en vez de que sea la sirena que nos atraiga con la armoniosa dulzura de sus cantos hacia las rocas del mal, sea la estrella bienhechora que nos guíe por el camino del bien y de la virtud. Para que la mujer pueda cumplir el gran ministerio para que Dios la ha formado, el de ser ayuda y sostén del hombre, es necesario, dice un gran escritor moderno, que no olvide nunca su divino ideal, y que siempre aparezca á los ojos del hombre como se representa á la Virgen María en su radiante pureza: con una corona de estrellas en la frente, rodeada de ángeles, tocando apenas el suelo con la extremidad de sus ropas y hollando la cabeza de la serpiente.

Afortunadamente, Señores y Señoras, padres y madres de familia que me escucháis, habéis comprendido cuán importante es la educación cristiana de vuestras hijas, y haciendo toda clase de sacrificios, que indudablemente os serán recompensados, contribuís al sostenimiento de este plantel de enseñanza, que es esencialmente cristiano, y cuyo orden y moralidad, verdaderamente admirables, son prenda segura del éxito más lisonjero. Por esto, interpretando los sentimientos de la señora Directora, os doy las más expresivas gracias por vuestros nobles esfuerzos y os conjuro para que sigáis impartiendo al Colegio vuestra valiosa protección, á fin de que logre alcanzar el grado de prosperidad que necesita para llenar más cumplidamente su importante objeto.—HE DICHO.



LA IGLESIA CATOLICA

Y LA LIBERTAD.

Suelen los impíos inculpar á la Iglesia Católica de enemiga de la libertad de los pueblos y de adversaria de todo progreso, y no deja de ser curioso escuchar las apasionadas arengas ó leer los discursos de estos escritores que, casi siempre, profesan los principios más contrarios á la verdadera libertad de los pueblos y más disolventes de todo orden social.

¡Que la Iglesia católica es enemiga de la libertad! Apenas puede creerse; y ciertamente que no se creería, si no lo escucháramos con nuestros propios oídos, si